

Ontología de la entonación: elementos teóricos y consecuencias prácticas*

Recibido: 29/01/2025 | Revisado: 21/04/2025 | Aceptado: 30/04/2025
DOI: 10.17230/co-herencia.22.42.12

Brais González Arribas**

brais.gonzalez.arribas@uvigo.gal

Resumen En este artículo se presentan los principales elementos teóricos de una propuesta original: la ontología de la entonación, un subtipo de ontología relacional, así como las consecuencias prácticas fundamentales que se desprenden de ella, en especial aquellas que hacen posible conformar una filosofía práctica ecologista. Esta ontología inspirada en autores como Latour, Haraway, Braidotti, Morton y Barad, replantea nuestra relación con el mundo no-humano desde la interdependencia, la co-creación y la agencia distribuida. Desde estas coordenadas, se plantea además una posición ética que se basa en el equilibrio, el cuidado, la no violencia y la colaboración entre entidades, principios con los que se pretende hacer frente a la crisis ecológica actual.

* Este artículo se enmarca en el proyecto “Intersecciones post-humanas en las literaturas irlandesa y gallega” PID2022-136251NB-I00, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033 y “FEDER Una manera de hacer Europa”.

Palabras clave:

Agencia distribuida, cuidado, ensamblaje, ontología de la entonación, no-violencia.

** Profesor de Filosofía, Universidade de Vigo, España. ORCID: 0000-0002-3707-6397.

Ontology of Intonation: Theoretical Elements and Practical Consequences

Abstract This article presents the main theoretical elements of an original proposal: the ontology of intonation, a subtype of relational ontology, as well as the fundamental practical consequences that stem from it, particularly those that make it possible to articulate a practical ecological philosophy. This ontology, inspired by authors such as Latour, Haraway, Braidotti, Morton, and Barad, rethinks our relationship with the non-human world through the lenses of interdependence, co-creation, and distributed agency. From these coordinates, it also proposes an ethical position based on balance, care, non-violence, and collaboration between entities, principles intended to address the current ecological crisis.

Keywords:

Assemblage, care, distributed agency, ontology of intonation, non-violence.

Actualmente, la humanidad se enfrenta con preocupación al desgaste al que estamos sometiendo al planeta. Desde la Revolución Industrial, la intervención humana ha intensificado prácticas contaminantes y extractivas que han alterado las condiciones que durante siglos sostuvieron la vida en la Tierra. Este proceso alcanzó su punto más crítico a partir de mediados del siglo xx, en lo que se ha denominado la “Gran aceleración”, un período caracterizado por un crecimiento exponencial y simultáneo de indicadores socioeconómicos de gran impacto sobre el sistema terrestre, que marca una transformación sin precedentes en la relación entre la humanidad y el planeta (Steffen *et al.*, 2015). Esta dinámica ha sido impulsada por un modelo económico basado en el crecimiento constante y medido en términos puramente cuantitativos (Taibo, 2016), lo cual genera una lógica de explotación que se ha extendido, inclusive, a nuevas formas de extractivismo, como el del capitalismo digital (Zuboff, 2020).

Frente a esta crisis, diversas corrientes críticas -como el ecofeminismo (Mies y Shiva, 2014), el ecosocialismo (Löwy, 2012) o el decrecentismo (Latouche, 2009)- han propuesto alternativas al modelo dominante. Sin embargo, estas propuestas, si bien valiosas, se centran en aspectos socioeconómicos sin abordar con suficiente profundidad las dimensiones ontológicas y éticas que subyacen a nuestra relación con el mundo. Este artículo parte precisamente de la convicción de que toda ética se fundamenta en una ontología: es decir, en una determinada concepción de lo que existe, de cómo existe y de cómo se relacionan las entidades que componen la realidad. En este sentido, los comportamientos, las actitudes y los valores que se consideran deseables o rechazables no emergen de manera aislada, sino que se apoyan en una comprensión previa del ser de los entes. Por ello, la fundamentación de una ética ecologista -y del programa práctico que de ella se deriva- requiere asumir una ontología específica.

La propuesta que aquí se desarrolla se articula en torno a una categoría original: la *entonación*. Este concepto, aunque inspirado en la noción de *attunement* planteada por Timothy Morton (2017), constituye una elaboración propia que busca dar cuenta del carácter

relacional, dinámico y activo de las entidades. En Morton, la “sintonización” designa el modo esencial en que las entidades -humanas y no humanas- se encuentran entrelazadas en la red de la existencia. Esta interrelación no es meramente contextual, sino constitutiva: las entidades no existen de forma aislada, sino que su identidad se configura en el entramado de relaciones que mantienen con otras.

La *entonación* retoma y amplía esa intuición, proponiendo que las entidades están constituidas por nexos internos -al estar formadas por otras- y por conexiones externas -al vincularse de manera activa con su entorno-. A esta dimensión relacional se añade una comprensión dinámica del ser: las entidades son agentes activos, capaces de afectar y ser afectadas. Esta concepción se nutre de propuestas como las de Bruno Latour, Donna Haraway, Karen Barad y Rosi Braidotti, quienes coinciden en destacar la agencia distribuida y la co-constitución como principios ontológicos fundamentales.

Desde esta perspectiva, la *entonación* no es solo una metáfora, sino una categoría ontológica que describe el modo de ser de las entidades como ensamblajes relacionales y activos. Entonar implica acoplarse, ensamblarse, vincularse: es la condición ontológica de estar atravesado por otras entidades, de existir siempre *entre* y *con* otros. La *entonación* permite comprender cómo el ser de cada entidad está conformado por la alteridad y la diferencia, y cómo su existencia es frágil precisamente por esta apertura constitutiva. En consecuencia, el ser se revela como relacional, co-dependiente y dinámico, y la identidad de cada entidad emerge de su capacidad para entrelazarse con las demás.

La ontología de la *entonación*, que se presenta aquí como una propuesta original dentro del marco de las ontologías relacionales, se diferencia de una mera síntesis de autores al articular un enfoque propio que integra y reorganiza elementos dispersos en la tradición contemporánea. De este modo, aunque la propuesta remite a diversos autores contemporáneos, la categoría de *entonación* y su articulación sistemática constituyen un aporte que excede la mera reunión de enfoques previos. El método adoptado es constructivo y sistemático, orientado a articular una ontología postantropocéntrica que sirva de fundamento a una ética ecologista, en coherencia con los principios desarrollados en el artículo.

La relevancia práctica de esta propuesta se hace evidente al considerar sus implicaciones éticas. Si las entidades son relacionales y activas, la ética debe asumir estos vínculos, respetarlos y promoverlos. Esto implica abandonar la visión antropocéntrica que sitúa al ser humano como único agente capaz de construir mundo, y adoptar una perspectiva ecocentrada que reconozca la agencia de lo no humano. La entonación, en tanto que categoría ontológica, proporciona así el fundamento para una filosofía ecologista orientada al cuidado, la no violencia y la colaboración entre entidades. En este sentido, la ética no se interpreta como una instancia externa que se superpone a la realidad, sino como una expresión coherente de su estructura ontológica.

En última instancia, este artículo busca contribuir a la configuración de formas más responsables y sostenibles de coexistencia en un mundo interconectado. La entonación, como concepto y como práctica, ofrece una vía fértil para abordar los desafíos ecológicos contemporáneos, proporcionando tanto un marco teórico cuanto una guía para la acción ética en el Antropoceno.

1. Ontología de la entonación

La ontología de la entonación se fundamenta en una perspectiva relacional y dinámica de la realidad, según la cual las entidades están intrínseca y extrínsecamente conectadas a través de relaciones internas (endorelaciones) y externas (exorelaciones). Este doble nivel relacional genera alteraciones continuas en su configuración. Afirma, además, que ninguna entidad preexiste a sus acciones o relaciones, ya que estas la constituyen siendo su efecto o resultado. En este marco, cada entidad es concebida como un agente capaz de actuar y transformar la realidad, participando en su generación y conformación. Así, lo existente se interpreta como un enjambre dinámico de entidades móviles, constantemente reconfiguradas por las acciones de otras, cuyas interacciones producen el mundo que habitan.

La ontología de la entonación es un subtipo de la ontología relacional, una perspectiva que plantea que las entidades no pueden

entenderse de manera aislada o independiente, sino siempre en relación con otras. Por eso, el primero de los principios básicos sobre los cuales se sostiene es el que considera que ser es “ser-con”. Estar en el mundo implica, por tanto, una relación inextricable con la alteridad. A diferencia de las ontologías relacionales más clásicas,¹ desde la ontología de la entonación se entiende que este “ser-con” no se limita a los seres humanos, extendiéndose, en cambio, a todas las entidades que conforman la realidad. Es decir, todas las entidades, también las no-humanas, son relacionales, aspecto que define su configuración interior y explica su entrelazamiento con otras.

a) Endorelaciones

Desde el punto de vista de su estructura interior, las entidades no son unidades íntegras y separadas de las demás, no son “individuos”, en el sentido tradicional del término, sino que están fracturadas y divididas, al ser compuestos o ensamblajes formados de otras o atravesadas por otras.

Ser es estar “participado de”, “conformado por”, y es en este conformar donde se produce una entonación, es decir, un encajamiento o acoplamiento entre distintos elementos. Como lo señala Tim Morton (2021b, p. 102), hay entidades que están

¹ La ontología relacional tiene sus raíces en el pensamiento de varios filósofos del siglo xx que subrayaron la alteridad como constitutiva de la subjetividad y la existencia. Martin Heidegger es uno de sus precursores de mayor importancia en cuanto introduce el concepto de *Miusein* (ser-con) como parte fundamental del *Dasein*, subrayando que el ser humano es siempre un ser-en-relación (Heidegger, 2003, pp. 142-150). Por su parte, Maurice Merleau-Ponty (2001) desarrolló la idea de “intercorporeidad”, mostrando cómo las relaciones entre los cuerpos y el mundo configuran la existencia humana. Además, Emmanuel Lévinas (2012) destacó la primacía de la relación ética con el otro como el fundamento ontológico más básico. Sin embargo, en el contexto contemporáneo, es Jean-Luc Nancy el exponente más importante de la ontología relacional. Nancy elabora el concepto de “ser-en-común” (*être-en-commun*), argumentando que la existencia humana es constitutivamente compartida. Nancy (2001) plantea que no podemos concebirlas como entidades autónomas, sino como siempre ya en relación con otros en un espacio común que nos define tanto como individuos y como comunidad. Esta perspectiva ha sido retomada por otros pensadores contemporáneos, como Giorgio Agamben (2006) y Roberto Esposito (2003), quienes renovaron la idea de la comunidad al criticar las nociones tradicionales de individualidad y sustancia, ofreciendo una visión del ser como fundamentalmente interconectado y abierto a la alteridad; y por Judith Butler (2021b), quien entiende que el ser humano está en una relación de mutua dependencia co-constitutiva con los otros.

integradas en otras, que forman parte de otras. Este aspecto se hace especialmente evidente en el caso de los seres vivos, cuya constitución y estructura interna está definida por las *simbiosis*. Sin embargo, también es característico de las entidades inorgánicas materiales que, a pesar de que no están vivas, también bullen, se agitan y se conectan, alterando su interior.

En este punto, la propuesta de Karen Barad (2023) permite explicar cómo las entidades inorgánicas emergen y se configuran a través de sus relaciones y acciones mutuas (p. 60). Inspirada en las ideas de Niels Bohr, Barad sostiene que la unidad básica de la realidad no son objetos delimitados, sino fenómenos: configuraciones ontológicas resultantes de intraacciones agenciales. Estas intraacciones, a diferencia de las interacciones tradicionales, no presuponen la existencia previa de agentes separados (2023, p. 79). Por el contrario, generan de manera simultánea las fronteras y propiedades de los elementos que participan en un proceso que podría entenderse como una forma de “entonación mutua”.

La intraacción implica que el mundo no está compuesto por entidades fijas, sino por procesos dinámicos de materialización. Para Barad (2023), la materia no posee una esencia inmutable; en cambio, consiste en un proceso continuo de devenir, en una “coagulación de agencia” (p. 91) en la que todas las entidades, humanas y no humanas, participan. De este modo, la realidad no está formada por “cosas-en-sí mismas”, sino por “cosas-en-los-fenómenos”: entidades inestables que emergen en un proceso constante de intraacciones (p. 83) y entonaciones mutuas.

Este marco teórico permite entender la dinámica del mundo como un devenir abierto, en el cual el futuro se configura de forma iterativa a través de cada nueva intraacción (Barad, 2023, p. 98). Así, incluso las entidades materiales -en apariencia inertes- participan en un proceso continuo de transformación, dando forma tanto a su configuración interna cuanto a las relaciones que las atraviesan.

Desde lo señalado por Barad, cabe sostener que la *entonación*, entendida como el encajamiento inestable y oscilante entre distintos elementos, se extiende a toda la materialidad, revelando un mundo en constante agitación y reconfiguración, donde cada

entidad entona con las demás en un proceso dinámico y continuo de constitución compartida.

Sin embargo, como se decía, la idea de que las entidades están entrelazadas de forma intrínseca, constituyéndose unas a otras, se ilustra de un modo particularmente ejemplar en el ámbito de la biología; en concreto, a partir de la teoría endosimbiótica seriada, propuesta por la bióloga estadounidense Lynn Margulis, que muestra de una manera paradigmática cómo las entidades están conectadas, formando parte unas de otras en un proceso de co-evolución y entonación mutua. Como lo explica Margulis (1988), las células complejas (eucariotas) se formaron a partir de relaciones de colaboración entre células más simples (procariotas) al establecer vínculos simbióticos duraderos entre ellas. Esta teoría supuso una revolución en biología en la medida en que evidencia que la evolución no solo ocurre por competición, como sugiere el darwinismo, sino también por procesos de cooperación simbióticos (Margulis, 2002).

Aunque otros autores como Rosi Braidotti (2022) y Tim Morton (2018a) asumen la teoría endosimbiótica de Margulis afirmando que los organismos biológicos son simbioses, es decir, entidades compuestas que se originan y desarrollan a partir de asociaciones -sophisticadas y difíciles de concretar- de múltiples entidades, es Donna Haraway quien la incorpora como un núcleo fundamental de su propuesta ontobiológica.

Haraway utiliza la noción de *simpoiesis* para referirse a la composición colectiva de la vida (2019, p. 99), señalando que esta emerge a partir de una acción co-creadora. La *simpoiesis* -entendida como “creación colectiva”- expresa que la vida no emerge de una manera aislada, sino en conexión con otras entidades (2019, p. 101). Desde su perspectiva, los seres vivos no pueden entonces ser entendidos como seres separados y autónomos, tal y como se defendía en la ontología y la biología modernas. En cambio, sostiene que la vida se produce a través de los nexos entre diferentes formas de existencia. Las entidades se interpenetran, se rodean en bucles y se atraviesan de manera mutua. En este sentido, Haraway utiliza el término “holobiontes” u “holoentes” para describir las entidades simpoiéticas, las cuales desafían el principio de unidad e individualidad biológicas

al estar compuestas por relaciones contingentes y dinámicas con otras entidades. Como lo explica Haraway, “los holobiontes se mantienen unidos de manera contingente y dinámica, involucrándose con otros holobiontes en patrones complejos” (2019, p. 100).

Al modo en el que también lo expresaba Karen Barad, para Haraway estos arreglos simpoiéticos no preceden a sus relaciones, sino que se generan de forma recíproca a través de una “involución semiótico-material, a partir de seres de enredos anteriores” (2019, p. 101). Con ello subraya la necesidad de reconocer los parentescos que ligan a los distintos organismos, que son siempre composiciones entrelazadas con otros. En este contexto Haraway introduce las nociones de “ensamblaje multiespecie” y “seres chtónicos” o “tentaculares”² (2019, pp. 61-62), las cuales utiliza para expresar, por una parte, los vínculos que ligan a las entidades, siendo la co-creación el mecanismo que explica su origen y transformaciones; y, por otra, el carácter compuesto y plural que los define en el plano interno.

Este entrelazamiento, esta entonación ontológica, no es un accidente ni una excepción, sino que es constitutiva e inevitable. A través de las endorelaciones, las entidades no solo están compuestas por otras, sino que estas relaciones internas determinan su configuración misma. Sin embargo, esta dimensión relacional interna se complementa con las conexiones externas (exorelaciones), que ligan unas entidades con otras y configuran el tejido ontológico más amplio de la realidad.

b) Exorelaciones

En segundo término, la ontología de la entonación sostiene que las entidades no solo están constituidas en su interior por otras (endorelaciones), sino que también se encuentran conectadas externamente con otras entidades a través de un entramado dinámico de relaciones externas o exorelaciones. Estas conexiones originan un equilibrio inestable que define el carácter abierto y voluble del mundo.

² Las entidades chtónicas son las que habitan el Chtuluceno, un marco conceptual que reemplaza la narrativa del Antropoceno, ya que en este se resaltan, precisamente, las interdependencias entre las distintas especies y formas de vida.

Este planteamiento se sostiene en la teoría del actor-red (ANT) de Bruno Latour (2008), que propone que la realidad puede estudiarse a partir de las siempre cambiantes redes que entablan las entidades cuando se relacionan entre ellas.³ Estas redes no son estructuras fijas o predeterminadas, ya que están sometidas a continuas transformaciones, reconfiguraciones y ajustes mutuos entre las entidades que las conforman (Latour, 1996). A diferencia de las endorelaciones, que determinan la configuración interna de las entidades, las exorelaciones establecen los vínculos externos que permiten que estas interactúen y se transformen mutuamente, generando patrones relacionales de escala mayor. En ese sentido, no hay entidad que no esté conectada con otra, de modo que sus características o cualidades -la emergencia o frustración de estas- depende de los nexos, de las entonaciones que las vinculan.

Justo este aspecto, la concepción de la realidad como una red de entidades conectadas, sienta las bases de la teoría de la interobjetividad propia de la ontología de Tim Morton (2021a). A diferencia de Latour, que usa “red” como una categoría epistemológica, Morton emplea el término *mesh* (2018a), que puede traducirse de modo indistinto como “malla” o “trama”, para subrayar el carácter intrínsecamente relacional de las entidades -u objetos, como él los denomina-⁴ y describir los vínculos ineludibles que las entrelazan. Morton plantea que la existencia no puede pensarse de forma aislada, sino que implica siempre una co-existencia: cada objeto está de suyo conectado con otros (2018a, p. 39). La malla, en este sentido, muestra la imposibilidad de concebir a las entidades como separadas y abstraídas de las demás, resaltando, a la vez, su carácter compuesto y plural.

³ En ese sentido, las entidades son para Latour actores, actantes en su terminología, de las que solo se tiene noticia de ellas en la medida en que realizan una acción que tiene efecto sobre otras (1996). De hecho, las entidades (actantes) se definen por sus relaciones y conexiones dentro de la red y no por que posean determinadas características inherentes o esenciales. Este rasgo se analizará en el siguiente apartado.

⁴ Tim Morton se integra dentro de la ontología orientada a objetos, corriente de pensamiento que considera que la realidad está formada, precisamente, por objetos. No obstante, a diferencia de su fundador y principal impulsor, Graham Harman, quien considera que los objetos son entidades discretas -esto es, separadas, independientes y con cualidades específicas que las distinguen de las demás (2016, p. 174)-, Morton sostiene que están entrelazadas tanto a nivel interno (hay entidades que forman parte de otras) como a nivel externo (las entidades están conectadas con otras).

Sin embargo, la universalidad de la malla, ya que todas las entidades están de cierto modo ligadas a otras, no puede ser interpretada como una defensa del holismo tradicional. Al igual que destacaba Latour -a quien, por cierto, Morton no cita en sus obras-, la malla no es una estructura cerrada y estática, sino que se caracteriza por su complejidad, su apertura y proliferación, ya que se compone “de conexiones infinitas y diferencias infinitesimales” (Morton, 2018a, p. 14). Si la perspectiva holista entiende que la realidad se define por una estructura ordenada y delimitada, con un centro y una periferia definidos y en la que cada elemento cumple una función específica para garantizar la estabilidad o el progreso del sistema, la ontología de la entonación, al tenor de Latour y Morton, concibe lo existente como integrado en un tejido relacional abierto, dinámico e inconmensurable, donde no es posible localizar zonas centrales o márgenes secundarios. De ahí que cada entidad que conforma esta red abierta tenga una importancia intrínseca en su funcionamiento.

Por otra parte, es importante resaltar que la interobjetividad a la que aluden las exorelaciones es decisiva para dar cuenta de la estructura ontológica de las entidades. En este sentido, la convivencialidad, como rasgo ontológico, no solo indica que las distintas entidades mantienen relaciones de co-dependencia, necesitándose unas a otras, sino que implica, para decirlo con Rosi Braidotti (2009, p. 179), un proceso de afectación mutua que condiciona la emergencia o inhibición de sus cualidades. Dicho de otra forma, las propiedades que manifiestan las entidades en un contexto dado dependen de las influencias que reciben en función de las relaciones que establecen con las demás. Por lo tanto, las entidades no solo existen en un entramado relacional, sino que están constituidas por este entramado.

En esta red dinámica de relaciones, las nociones de identidad y alteridad se vinculan de una forma extraña y difícil de concretar. Así, dado que la existencia misma exige de la cohabitabilidad, no puede afirmarse que las entidades posean una esencia fija o definida. Así mismo, con base en ella, cabe afirmar que ninguna entidad es idéntica a sí misma en sentido estricto, ya que su ser no puede comprenderse sin los nexos que la unen a otras. El ser de las

entidades depende, entonces, de las relaciones en las que se integra y que las constituyen. Este principio de falta de suficiencia, o de precariedad ontológica, es clave para la ontología de la entonación: ya no solo es que toda entidad esté conectada con el entorno, sino que su configuración está conformada por esas conexiones. Lo que se es depende de las relaciones que se mantienen con otras.

c) Agencia distribuida y dinamicidad

El tercer elemento que fundamenta la ontología de la entonación sostiene que cada entidad posee una capacidad intrínseca para actuar y transformar la realidad. En este sentido, la realidad se entiende como un proceso dinámico, en constante actualización por el hervidero de entidades móviles cuyas acciones y relaciones configuran el mundo en el que habitan. Esta noción, ya anticipada en líneas anteriores a través de conceptos como el de actante (Latour), *simpoiesis* (Haraway) o intraacción (Barad), retoma la hipótesis Gaia de James Lovelock (2001), que desarrolló junto a Lynn Margulis.⁵ Aunque inicialmente fue rechazada por algunos sectores científicos, ha resurgido y evolucionado gracias a estos autores, quienes la han actualizado y personalizado de diversas formas.⁶

La tesis de Lovelock (2001) sostiene que el planeta no es un sistema inerte ni un simple soporte de vida, sino una entidad compleja y autorregulada. De esta forma, los ecosistemas, en lugar de ser concebidos como escenarios estáticos en el que emergen y se desarrollan los seres vivos, se entienden como sistemas en transformación constante, resultado precisamente de las acciones y conexiones dinámicas entre los organismos que los habitan y el entorno que configuran de manera conjunta. Desde esta perspectiva,

⁵ Margulis (2002) amplió la teoría al incorporar sus propias ideas sobre la simbiogénesis y el papel crucial de los microorganismos en la regulación planetaria. Su enfoque en la microbiología y la genética complementó la visión inicial de Lovelock, proporcionando una perspectiva “desde abajo” de Gaia a través del microscopio (De Castro, 2019).

⁶ Si bien Haraway y Barad no aluden explícitamente a la hipótesis Gaia en sus textos, sus propuestas se alinean con sus principios, al enfatizar que la vida es fruto de una acción colectiva e interdependiente (Haraway) y que las entidades no preexisten a sus interacciones (Barad, 2007). En cambio, Latour (2017) sí retomó a Gaia, siendo un elemento fundamental para el desarrollo de su filosofía ecológica.

los organismos no ocupan un espacio previo, predefinido e independiente de ellos, como lo plantea la concepción clásica del darwinismo ortodoxo. Por el contrario, los seres vivos responden al medio ambiente, pero también lo producen de una manera activa. En este proceso de co-creación contribuyen de forma decisiva al equilibrio ambiental que les permite sostenerse y evolucionar.

Es en este contexto en el que cabe entender la ontología de la entonación que, de acuerdo con la metáfora de Gaia, entiende la realidad como una red integrada de procesos interdependientes, que permite cuestionar la dicotomía clásica entre organismos y su entorno. Así, va más allá de la visión mecanicista de la naturaleza y propone un modelo cibernético de retroalimentación en el que las entidades vivas no se limitan a cumplir funciones predeterminadas según su configuración biológica, ya que actúan de manera creativa y dinámica junto a otras entidades y con su medio. Este enfoque es el que propone precisamente Latour y que asumen también Haraway, Morton y Barad,⁷ quienes amplían aún más el concepto de agencia para otorgársela también a las entidades inorgánicas.

La ontología de la entonación concibe entonces a toda entidad como un agente -o actante-, ya que su existencia no está separada de su capacidad para actuar (Latour, 2008, p. 84). Mediante estas acciones las entidades se modifican a sí mismas, a otras y al medio en el que habitan. Los agentes, ya sean humanos o no humanos, participan, por tanto, activamente en la creación de la realidad. En consecuencia, la agencia no es un privilegio exclusivo de los humanos o de los seres vivos, sino una característica intrínseca de lo que existe (Latour, 2024, p. 129). En este sentido, el mundo ya no puede ser entendido como un espacio pasivo ocupado por agentes humanos, y se convierte en un entramado complejo y dinámico de entidades y relaciones que entonan unas con otras. Con base en lo señalado, es necesario disolver el dualismo que separa los términos de “naturaleza” y “cultura”, como proponen Latour y Haraway. Desde su perspectiva, la naturaleza debe entenderse como un proceso que se encuentra en constante construcción y reconfiguración

⁷ La agencia distribuida es también defendida por la filósofa estadounidense Jane Bennett (2022).

(Haraway, 1999, p. 123), de modo que tiene un componente cultural: la naturaleza está literalmente *hecha*.

Esto conduce a Haraway a introducir la noción de *naturocultura*,⁸ un término que precisamente destaca la continuidad entre lo natural y lo cultural, entendiendo ambas nociones como conformaciones históricas y relacionales (Araiza, 2021). Haraway (2016) sostiene que ni lo “natural” ni lo “cultural” existen como categorías puras o separadas. Todo lo que consideramos “natural” está imbricado en dinámicas sociales, tecnológicas y culturales, del mismo modo en que todo lo “cultural” se sustenta en procesos biológicos y ecológicos. Así, la naturaleza se revela no como un espacio preexistente, sino como un proceso performativo en el que participan múltiples actores. Por esto, Haraway (2023, p. 238) sostiene que los cuerpos no son entidades puramente biológicas, sino ensamblajes tecno-naturales que emergen de las interacciones entre actores diversos (humanos y no humanos, tecnológicos y biológicos). Por eso las entidades son híbridas, mezclas de múltiples elementos, compuestos o, en cierto sentido, *ciborgs* (Haraway, 2023, p. 246).

Esta última noción es relevante, en la medida en que hasta ahora se estaba considerando la estructura de la realidad inorgánica u orgánica sin hacer referencia explícita a la tecnología. La categoría de *cíborg* evidencia, como en realidad lo hace también la de híbrido -como es utilizada por Bruno Latour,⁹ el carácter artificial y tecnomediado de la realidad. Esto se explica no solo porque no haya ser humano actual que no esté manipulado, construido o codificado desde el exterior por la tecnología,¹⁰ sino porque la época actual, a menudo denominada Antropoceno,¹¹ señala que la humanidad se ha

⁸ Esta categoría ocupa un lugar central en *El manifiesto de las especies de compañía* (Haraway, 2016).

⁹ Latour entiende el híbrido como aquella entidad en la que resulta muy complicado identificar y separar los componentes humanos y no humanos que la conforman, diluyendo la diferencia tradicional entre objetos naturales y culturales (Latour, 2007).

¹⁰ Idea que es también central para el feminismo posthumanista, representado de una manera eminente por Rosi Braidotti (2015, 2022).

¹¹ Desde una perspectiva crítica, Haraway prefiere denominar nuestra era como *Capitaloceno*, término que toma de Moore (2015), pues enfatiza cómo el modo de producción capitalista ejerce una influencia invasiva y destructiva sobre el devenir de los ecosistemas. Sin embargo, al buscar describir la vida desde una perspectiva colaborativa y relacional, como un trabajo *simpoiético* (es decir, de creación conjunta), Haraway

convertido en una fuerza geofísica capaz de alterar profundamente los ciclos biogeoquímicos, las configuraciones de los ecosistemas y las condiciones climáticas del planeta.

Así, no es posible pensar en un “humano puro” (García, 2012), ya que el “humano” es el resultado de múltiples enlaces de factores biológicos, culturales y tecnológicos; ni en “entidades puras”, pues estas también están sujetas y condicionadas por la acción humana sobre ellas, en especial por la tecnología que ha desarrollado. Un ejemplo claro es el de las infraestructuras tecnológicas que condicionan tanto la vida cotidiana como los sistemas ecológicos: desde las redes eléctricas hasta las herramientas de inteligencia artificial, estas tecnologías participan de forma activa en la configuración del mundo.

A su vez, la idea de la agencia distribuida que asume la ontología de la entonación conduce a proponer una perspectiva “horizontal” de la realidad, ya que se entiende que todas las entidades se encuentran en el mismo nivel ontológico, de manera tal que ninguna es más real ni relevante que las otras. Este planteamiento -defendido, además de Tim Morton (2021a), también y con distintos matices por otros pensadores como Manuel de Landa (2002), Graham Harman (2018) o Levi Bryant (2011)- sostiene que no existen distintos niveles de realidad ni gradaciones entre entidades, sino que el espacio de lo existente es uniforme, aunque plural: es decir, está conformado por distintas entidades que, como se decía, actúan y se relacionan entre sí (Morton, 2018b, p. 99). Con todo, sus diferencias no las hacen acreedoras de un rango o categoría distinta en el plano ontológico, sino que todas se sitúan en el mismo horizonte existencial y ninguna posee una dignidad o un valor ontológico especial respecto de las otras.

Este último elemento es en particular importante, ya que permite establecer una lógica existencial horizontal en la que no hay entidades que posean mayor relevancia o preferencia que otras, lo cual abre la posibilidad de someter a revisión la idea de que existe una jerarquía en el orden de lo existente en la cual el ser humano ocupa la posición hegemónica o principal. Por esto, la ontología

recurre al término *Chthuluceno*, que reivindica un modelo de coexistencia con múltiples formas de vida enredadas (2023, pp. 94-95).

plana permite llevar a cabo una crítica al antropocentrismo que ha caracterizado a las culturas occidentales a lo largo de la historia y que se ha acentuado desde la Modernidad, y que posee importantes repercusiones éticas. Aspecto que será precisamente el eje de análisis del siguiente apartado.

2. Ética de la entonación

La ontología de la entonación, que se ha delineado en sus aspectos básicos en el acápite anterior, ofrece una serie de elementos teóricos sólidos y útiles para articular una propuesta práctica correlativa a ella y que sea capaz, además, de fundamentar una filosofía ecologista capaz de responder a uno de los mayores desafíos de la contemporaneidad: la crisis medioambiental. En ese sentido, el presente apartado se centra en identificar los principios prácticos primordiales que se derivan de la comprensión relacional y dinámica de la realidad, configurando una exposición sumaria de los fundamentos que conforman lo que podría denominarse una ética de la entonación.

Partiendo de la asunción de la ontología plana en los términos ya planteados, que niega, recuérdese, que existan jerarquías predeterminadas entre las entidades y sitúa a todas en el mismo nivel de la realidad como agentes activos que contribuyen a su conformación -siendo el ser humano uno más entre otros actantes-, la ética de la entonación anima como elemento clave a abandonar el prejuicio antropocentrista, que sostiene la preeminencia ontológica del ser humano y le concede carta de libertad para utilizar a las demás entidades como simples medios o recursos con los que satisfacer sus necesidades, priorizando sus intereses de especie respecto de aquellas.

En contraste, en este marco se sostiene una posición postantropocéntrica, la cual intenta ir más allá de las nociones tradicionales de la moralidad, centradas en la consecución de la felicidad, la virtud o la realización humanas, para abordar los retos éticos que plantea la interdependencia entre todas las formas de existencia, sean estas humanas o no humanas (Schaeffer, 2009). Las concepciones tradicionales, aunque valiosas en múltiples

contextos, tienden a situar al ser humano en el centro del universo moral, ignorando el carácter relacional, dinámico y conectado de la realidad que la ontología de la entonación pone de manifiesto. Frente a esta limitación, desde la ética de la entonación se propone ampliar la perspectiva y plantear un marco más inclusivo, ya que este es el que nos habilita para responder precisamente a uno de los más graves, sino el mayor entre los problemas contemporáneos: el posible colapso ecológico vinculado al aumento de la temperatura del planeta, la contaminación atmosférica, hídrica y de los suelos, la pérdida de biodiversidad y la fragilidad de los ecosistemas que sustentan la vida (Richardson *et al.*, 2023).

La ética de la entonación asume entonces una premisa central: la entonación no es simplemente una metáfora para describir las relaciones entre entidades, sino una condición constitutiva de su existencia. Entonarse implica la participación en procesos de resonancia mutua entre distintas entidades, en dinámicas de mutua adaptación y de co-constitución, que establecen tanto los límites cuanto las posibilidades de cada entidad dentro del entramado del mundo. Acepta, además, el carácter compuesto y plural de las entidades, las cuales se configuran como ensamblajes formados por las acciones que realizan y por las relaciones de entonación que establecen; acciones y relaciones que a su vez configuran el entorno en el que habitan. En este marco, la existencia y persistencia de las entidades está ligada de una manera intrínseca a la existencia y persistencia de las otras: ser es “afectar y estar afectado”, ser es “estar participado de” y “conformado por”, lo que genera la oscilante inestabilidad que define la condición existencial de todo lo que existe.

En tal sentido, la ética de la entonación, y la filosofía ecologista que permite plantear, se fundamentan en la toma de conciencia de la interconectividad y agencia de todas las entidades y, por tanto, en la dependencia mutua en la que se encuentran. A este carácter co-dependiente de las entidades, Tim Morton (2017) lo denomina “solidaridad” (p. 18) y a la conciencia de tal hecho, “sintonía” (p. 50). Algo que también admite Donna Haraway (2019), quien llama a potenciar la “sincronización” entre las entidades (p. 119), así como a fomentar la sintonización dinámica que se produce entre

ellas (p. 198), de modo que no solo se reconozca la afinidad que las constituye (p. 157), sino que se haga lo posible por preservarlas. La ética de la entonación se fundamenta, entonces, en la capacidad de reconocer los vínculos que enlazan a las entidades, en su participación en la constitución de la realidad en la que todas vivimos, y en comportarse, precisamente, de acuerdo con ello.

a) El principio del cuidado

Teniendo en cuenta este hecho, desde la praxis de la entonación se exige, en primer lugar, una disposición orientada a la atención y al cuidado, talante que, repetimos, no solo debe dirigirse hacia los seres humanos, sino que debe ampliarse también hacia el conjunto de las entidades que conforman la red o trama dinámica de la existencia. Así, se configura una ética que, además de caracterizarse por su marcado carácter ecologista, también se define como antiespecista.

En este contexto, en el que la biosfera se entiende como una malla de relaciones entre seres humanos y no humanos, entre vivos e inertes, entre formas de vida orgánicas y sistemas artificiales, todos ellos enlazados en un proceso constante de co-constitución, se asume que la existencia de cada entidad depende, en mayor o menor medida, de las otras (Garavaglia, 2021). Este hecho pone de relieve no ya su carácter relacional, sino también su fragilidad y vulnerabilidad intrínseca (Morton, 2017, p. 61), en la medida en que la existencia de unas está íntimamente conectada a las otras. Ser es estar-entre, por lo que *uno* no puede abstraerse de lo que le sucede a lo *otro*; en primer término, como se ha señalado, porque no hay unidad tal, no hay individualidad, entendiendo por esto un principio de integridad y discreción, ya que las entidades están permeadas y constituidas por otras; y, en segundo lugar, porque toda entidad remite a otras, requiere de otras, por lo que su persistencia (y bienestar) está ligado al de estas. Existir implica entonces estar en equilibrio inestable con la alteridad interna y externa y sujeto a sus vaivenes. Este equilibrio, no obstante, es frágil y quebradizo y requiere de una constante atención ya que puede ser alterado de una manera abrupta.

Es en este contexto donde el cuidado emerge como un principio ético fundamental, entendiéndolo como una vocación por la

preocupación y el interés por la alteridad co-constituyente. Cuidar supone, entonces, estar atento a lo otro, dejar ser a lo otro, mantener, proteger, y también promover las relaciones e interacciones entre las diversas entidades cuando estas son positivas y las refuerzan, evitando aquellas que son destructivas y las debilitan. El cuidar implica y requiere, por tanto, la promoción de una solidaridad ontológica que se extiende al ámbito de la moral, en el sentido en que la concibe Morton (2017, p. 81), según la cual se debe poseer un compromiso de entrega (*givenness*), es decir, de atención y respeto hacia lo otro con el que se comparte la existencia.

Teniendo en cuenta lo dicho, cuidar supone, desde un punto de vista positivo -enfoque que se retomará y ampliará líneas más adelante- la posibilidad de proporcionarles a las entidades aquello que necesitan para mantenerse en buen estado y desarrollarse y, desde un punto de vista defensivo o profiláctico, el rechazo de su destrucción o depredación si existen alternativas viables a ello (Braidotti, 2015, p. 84). Esta perspectiva amplia permite trascender una visión antropocéntrica del cuidado, abriendo espacio para considerar las necesidades y los intereses de todas las formas de existencia, de las humanas y de las no humanas.¹²

La ética del cuidado, lejos de ser un concepto puramente abstracto, se manifiesta en prácticas concretas que abarcan diversos ámbitos de la actividad humana y no humana y de las relaciones que se entablan entre ellos. Dos ejemplos concretos permiten ilustrarla. El primero alude a los proyectos de restauración ecológica, como la recuperación de arrecifes coralinos. Al restaurar un arrecife coralino, no solo se cuida de las especies marinas que lo habitan -corales, peces y crustáceos-, sino que también se protege la biodiversidad marina, se mitiga la erosión costera y se asegura el equilibrio del ecosistema en su conjunto (Haraway, 2019). El segundo ejemplo atañe a la agricultura regenerativa,¹³ que toma en consideración la producción

¹² En este sentido, la propuesta se alinea con la defensa de un parlamento de las cosas, tal y como lo propone Bruno Latour (2024), quien aboga por un espacio de deliberación donde se tomen en consideración no solo las necesidades o intereses humanos, sino también los de las distintas formas de existencia no humanas, reconociendo así su agencia y relevancia en nuestras consideraciones éticas y políticas.

¹³ La agricultura regenerativa es un conjunto de prácticas agrícolas y de pastoreo que

de alimentos, pero la vincula con la salud del suelo, la biodiversidad y la captura de carbono, preocupándose también por tales aspectos. Así, la agricultura regenerativa, sin dejar de ser una actividad productiva, cuida de manera simultánea a los microorganismos del suelo, a las plantas cultivadas y a los insectos polinizadores, poniendo en acción prácticas que evitan el calentamiento global.

b) Compromiso con la no violencia

En coherencia con lo señalado, el segundo principio fundamental de la ética de la entonación supone un compromiso con la reducción de la violencia, o su eliminación hasta donde sea posible. En este contexto, entendemos por violencia no solo la agresión física directa, sino también cualquier acción que perturbe de forma significativa las relaciones de interdependencia entre las entidades. Así, este principio insta a aminorar o erradicar las agresiones innecesarias o la destrucción excedente de las formas de vida y del hábitat que co-construyen y en el que habitan.

La justificación de este principio es doble: por un lado, el empleo de la violencia innecesaria es inaceptable en términos morales (Butler, 2021a); por otro, el frágil equilibrio que sostiene la interdependencia de las entidades implica que la mengua dramática de unas, o su desaparición, puede desencadenar consecuencias imprevistas y perjudiciales para el conjunto. En este sentido, la apuesta por la no violencia no se limita a evitar daños directos si estos son evitables, sino que exige un esfuerzo activo por preservar la diversidad de las formas de vida y proteger los vínculos que sostienen la existencia compartida. La protección de la vida, en todas sus formas y manifestaciones, se convierte en un principio rector, siempre que ello sea posible.

Como es obvio, este principio no implica una abstención absoluta de la intervención humana, pues este no puede existir, como las demás formas de vida, sin hacer uso de los recursos materiales y energéticos que le proporciona el entorno. No obstante, sí exige

buscan regenerar la materia orgánica del suelo, restaurar la biodiversidad y revertir el cambio climático, mejorando el ciclo del agua y los servicios ecosistémicos (Bowen *et al.*, 2024).

una reflexión profunda sobre el impacto de nuestras acciones y la búsqueda constante de alternativas que minimicen los daños que se causan, sobre todo cuando estos son espurios y pretenden, en lugar de satisfacer las necesidades vitales y distribuir para ello los bienes de un modo equitativo entre los grupos humanos, aumentar el lucro económico y la acumulación de capital en pocas manos.

En este sentido, el compromiso con la no violencia llama a reconsiderar valores que en el pasado eran reconocidos como virtudes, como la mesura, la moderación y la sobriedad. Sin embargo, estas virtudes adquieren un nuevo significado: ya no son solo vías para conformar una personalidad justa y comedida, sino que se convierten en elementos clave para articular un comportamiento ético que sea sostenible en términos medioambientales. De este modo, la ética de la entonación se alinea con la propuesta decrecentista, que aboga por una reducción consciente y equilibrada de la extracción de recursos, de la producción y el consumo como vías para mitigar el impacto ambiental y social de nuestras actividades económicas (Hickel, 2023; Latouche, 2009).

c) Crítica del especismo

En coherencia con lo expuesto, la ética de la entonación mantiene como otro de sus principios esenciales la crítica del especismo. Este concepto, acuñado por Richard D. Ryder (2010) y popularizado por Peter Singer (1999), impugna la discriminación entre seres vivos basada en su pertenencia a una especie determinada, que tradicionalmente ha otorgado un valor moral superior a los intereses de los miembros de una especie (por lo general los humanos) frente a los de otras especies.

Este planteamiento ya se encontraba de algún modo presente en nuestra argumentación, sustancialmente al considerar los efectos de la ontología plana, a la que se aludía líneas atrás. Esta, como se decía, dismantela la jerarquía tradicional que sitúa al ser humano en la cúspide de la pirámide de la existencia. En su lugar, afirma que todas las entidades son partes a su vez significativas de la trama que todas contribuyen a componer, y que define los distintos ecosistemas

en los que se desarrolla la vida. De este modo, no se pretende negar las diferencias entre las entidades ni uniformizar sus características, sino, más bien, reivindicar su importancia intrínseca y su capacidad para influir de un modo relevante en el equilibrio del conjunto.

Con ello, se aspira a ampliar el círculo de consideración moral más allá de nuestra especie, subrayando la necesidad de abandonar la instrumentalización de lo no humano como si fuera un mero recurso a disposición de nuestros intereses. Por el contrario, propone una perspectiva en la que se reconoce que la existencia de cada entidad debe ser tomada en consideración y que su supervivencia no puede ser subordinada sin más a la consecución de los intereses de los seres humanos.

Sin embargo, es igualmente importante reconocer que la horizontalidad ontológica, aunque es un buen punto de partida, no puede comprenderse como una total equiparación axiológica. Tal igualación corre el riesgo de conducir a una parálisis moral, pues el ser humano carecería de criterios normativos para tomar decisiones en situaciones dilemáticas. En este sentido, la ética de la entonación propone un principio de equilibrio dinámico entre el reconocimiento del valor intrínseco de todas las entidades y la necesidad práctica de establecer ciertas distinciones axiológicas, el cual evita tanto el antropocentrismo tradicional cuanto un igualitarismo absoluto que ignore la especificidad de las conexiones entre las entidades.

Las normas genéricas referenciales para una ética de la entonación -con vocación ecologista- deben ser, como se ha mencionado, las del cuidado y la no agresión. De ahí que la ética y la política ecologistas defiendan como punto de partida una coexistencia pacífica con lo no-humano. Sin embargo, el ecologismo “solidario” capaz de entonar con las demás entidades, en especial con los seres vivos, para ser funcional, debe asumir también una cierta distinción axiológica que evite la caída en antinomias irresolubles o en contradicciones paralizantes.

Esta distinción axiológica no implica un retorno al antropocentrismo tradicional, sino que busca establecer un marco ético que permita tomar decisiones informadas y moralmente justificables en situaciones complejas. Por ejemplo, en un escenario de emergencia como un incendio, priorizar el rescate de un niño sobre

el de un perro no niega el valor intrínseco del animal, sino que refleja la especificidad del ser humano dentro de la red de interdependencias y la responsabilidad que ello conlleva. En este caso, la distinción axiológica no responde a una supremacía ontológica, sino a una evaluación contextual de la acción ética más adecuada.

De manera similar, el uso de antibióticos contra las bacterias nocivas no contradice el principio de respeto a todas las formas de vida, sino que representa una decisión basada en la necesidad de preservar la salud humana ante un patógeno externo. Así mismo, la recomendación de reducir el consumo de carne animal a favor de una alimentación basada más en proteínas de origen vegetal no solo responde a consideraciones de bienestar animal, sino que también tiene en cuenta el impacto ecológico más amplio de nuestras elecciones alimentarias.

En estos ejemplos, la ética de la entonación asume la responsabilidad humana como una capacidad que implica obligaciones más que privilegios. Así, la complejidad y potencialidad específicas de los seres humanos no se interpretan como una justificación para dominar o explotar, sino como una demanda de actuar con mayor cuidado hacia las entidades que comparten con nosotros la trama de la vida.

d) La dimensión activa de la entonación

Hasta este momento nos hemos detenido en considerar un conjunto de principios éticos defensivos o protectores, los cuales han de servir como un escudo que permita preservar el mantenimiento del equilibrio medioambiental sobre el cual se sostiene la vida. Sin embargo, una ética integral debe ir más allá de la preservación y asumir también una dimensión activa, orientada al desarrollo y expansión de las capacidades de las entidades. Esto pasa, para ser coherentes con nuestra propuesta, por el refuerzo de las alianzas y conexiones entre las entidades y por el fomento de un tejido de interacciones que favorezca el crecimiento mutuo.

En este sentido, la ética de la entonación se alinea con la ética de la diferencia propuesta por Rosi Braidotti, quien plantea que una vida

moral consiste en “afectar y ser afectado” (2009, p. 179), un proceso en el cual la mutua afección y el contacto se convierten en motores de la potencia creativa que permite la proliferación y ampliación de las capacidades de las entidades. Así, vivir una vida moral consiste no solo en proteger, sino también en buscar el aumento de las habilidades y la mejora de las capacidades, pero siempre teniendo en cuenta que ello necesita de la intermediación y el contacto con lo(s) otro(s).¹⁴ Braidotti (2009) sostiene que la ética consiste en “el modo de realizar formas sostenibles de transformación que requieren de uniones e interacciones adecuadas” (p. 296), siendo entendidas estas, las adecuadas, como aquellas que incrementan los “devenires activos” (p. 296) y que evitan los que disminuyen la potencia, frecuentemente causados por la sobrevaloración de lo individual y el cálculo egoísta, que relegan la afinidad y la empatía hacia otras formas de vida.

Para ilustrar cómo estos principios se traducen en acciones concretas, se puede tomar en consideración el ejemplo de la gestión de un bosque. Desde la perspectiva de la ética de la entonación, no se trataría tan solo de preservar el bosque en su estado actual, sino de fomentar conexiones que aumenten la biodiversidad y la resiliencia del ecosistema. Esto podría implicar la reintroducción de especies nativas, la creación de corredores ecológicos para facilitar el movimiento de la fauna, y la colaboración con comunidades locales para desarrollar prácticas de uso sostenible del bosque (Touza, 2000). Cada una de estas acciones representa una forma de “entonar” con las necesidades y potencialidades del ecosistema forestal y sus habitantes.

La ética de la entonación adopta esta perspectiva y la amplía, destacando que las alianzas adecuadas no son únicamente relaciones funcionales, sino encuentros que permiten una sintonización entre entidades, favoreciendo un crecimiento mutuo que no podría lograrse en aislamiento. Así, recalca que la afinidad y la empatía no son

¹⁴ De ahí que Braidotti considere que la ampliación de las capacidades requiere la imposición de límites que prevengan la destrucción o la explotación de unas entidades por otras. La reflexión sobre estos límites conforma una ética de la sostenibilidad, que no plantea una definición objetiva de lo sostenible, ya que este no es un concepto exacto ni susceptible de medición precisa. Más bien, lo sostenible remite a aquello que los cuerpos son capaces de hacer o pueden resistir, dependiendo de factores biológicos, físicos, psíquicos, históricos y sexuales. En este sentido, lo sostenible es siempre singular y parcial (Braidotti, 2009, p. 297).

meras virtudes, sino condiciones necesarias para la transformación y el enriquecimiento mutuo en contextos de interdependencia.

Además, defiende una relación basada en la responsabilidad, que en el marco de la entonación no consiste tanto en la capacidad para hacerse cargo y asumir las consecuencias de las propias acciones o decisiones, que también, sino en defender y fomentar la responsabilidad, tal y como la entienden Haraway y Barad, esto es: como la propiedad de dar una respuesta a lo otro que fomente un vínculo positivo (Barad, 2023, p. 24; Haraway, 2019, p. 126). La responsabilidad implica un “devenir-con” (Braidotti, 2009), un actuar en conjunto recíproco con lo otro que permite el acrecentamiento mutuo de las capacidades. En ese sentido, supone un trabajar en conjunto, un componer que expande y ensancha las formas de ser, un contacto adecuado, un entonar, en definitiva, que permite la emergencia de atributos no preexistentes mutuamente enriquecedores.

La adopción de esta propuesta ética podría ocasionar implicaciones relevantes en nuestras prácticas cotidianas y en las políticas ambientales. Por ejemplo, en la agricultura, podría llevar a un cambio de paradigma desde los monocultivos intensivos hacia sistemas agroecológicos que fomenten la diversidad y la sostenibilidad de los ecosistemas (Roa, 2016). En el ámbito urbano, podría traducirse en el diseño de ciudades que integren espacios verdes y corredores ecológicos, promoviendo una coexistencia más armoniosa entre lo humano y lo no humano (Rubio, 1992). A escala individual, podría expresarse en cambios en los patrones de consumo, favoreciendo productos y servicios que respeten y fomenten la biodiversidad (Latouche, 2023).

Como puede observarse, en última instancia, la ética de la entonación busca establecer un equilibrio dinámico entre el reconocimiento del valor intrínseco de todas las entidades y la necesidad práctica de tomar decisiones éticas en un mundo cada vez más complejo. En tal sentido, esta propuesta no pretende ofrecer respuestas absolutas o universales, sino proporcionar un marco de referencia flexible que permita una consideración más amplia y matizada de nuestras relaciones con el mundo no humano.

Por eso, es de gran relevancia destacar el modo por el que la ética de la entonación ofrece nuevas perspectivas para abordar la crisis

ecológica actual. Frente a los desafíos del cambio climático, la pérdida de biodiversidad y la contaminación, esta perspectiva propone un modo de dirigirse que tiene como objetivo ir más allá de la mera mitigación de los daños causados. De este modo, insta a una transformación profunda de nuestra relación con el entorno, buscando soluciones que no solo prevengan el deterioro ambiental, sino que permitan la regeneración y el enriquecimiento de los ecosistemas.

Al adoptar esta perspectiva, la ética de la entonación llama a realizar una reflexión profunda sobre nuestro lugar en el entramado de la vida, con el fin de fomentar una conciencia más aguda de las consecuencias de nuestras acciones y decisiones. Así, se configura como una ética de la responsabilidad ampliada, que reconoce nuestra capacidad única como seres humanos para influir en el bienestar de otras entidades y ecosistemas, y nos insta a ejercer esa capacidad con sabiduría, compasión y un profundo sentido de interconexión con el mundo que nos rodea.

3. Consideraciones finales

A lo largo de este artículo ha quedado patente que la ontología, entendida como el estudio de los principios que definen el modo de ser de lo real, no es una disciplina abstracta o teórica, ni tampoco neutral e inofensiva en el plano práctico. Por el contrario, constituye la puerta de entrada y el fundamento para articular una determinada actitud ética con vocación de ser llevada a la práctica. En nuestro caso, la ontología de la entonación que hemos planteado ha servido para articular una serie de principios éticos que sirven para conformar una filosofía ecologista y que pueden contribuir a orientarnos en el contexto contemporáneo, definido, entre otros aspectos, por una honda crisis medioambiental. La propuesta desarrollada en este artículo, centrada en la categoría de *entonación*, ha buscado precisamente ofrecer una herramienta conceptual para dar respuesta al carácter relacional, dinámico y activo de las entidades, destacando cómo sus interconexiones constituyen tanto su mayor fortaleza como su mayor debilidad, al depender de equilibrios siempre precarios y frágiles.

En este sentido, más allá de insistir en el carácter conectado de las entidades y en los procesos por los que estos vínculos las conforman, se ha enfatizado su carácter activo y co-constituyente, lo que evidencia la relevancia de todas ellas para explicar el entramado abierto y dinámico que define al mundo. Así, la entonación, entendida como el encaje existencial que liga y a la vez reconoce el valor creativo de las entidades, favorece el desplazamiento de la posición antropocéntrica tradicional que considera solo los intereses humanos, para invitarnos a cuidar y no violentar, en la medida de lo posible, aquello con lo que estamos en contacto y nos constituye. De este modo sustenta una filosofía ecologista, a la vez que la legitima, al reconocer que la interdependencia y el cuidado no son meras decisiones éticas, sino condiciones inherentes a la existencia misma.

Entre los logros de este artículo cabe destacar entonces la capacidad de mostrar cómo una categoría ontológica, en apariencia abstracta e inocua, puede tener implicaciones prácticas concretas. En este sentido, la entonación se ha mostrado como un concepto fértil para encarar la problemática medioambiental. También invita a reconsiderar nuestra acción ética no como un ejercicio de imposición de los intereses humanos sobre el mundo, sino como un proceso de sintonización con los equilibrios dinámicos que hacen posible la existencia. En tal sentido, abre la puerta a una redefinición de los modos de vida humanos y a una reconsideración de sus acciones, en la medida en que anima a hacernos conscientes de los efectos insospechados y perjudiciales que acarrearán, lo cual se evidencia de un modo explícito en el tipo de conducta que anima a adoptar el modo de producción dominante -basado en la extracción de recursos y en su utilización para alimentar el ciclo de aceleración continua de producción y consumo-.

Sin embargo, también es necesario reconocer ciertas limitaciones de la propuesta planteada. Una de las principales es que, al tratarse de una conceptualización todavía en desarrollo, la categoría de la entonación puede resultar insuficiente para abordar con profundidad ciertos aspectos específicos de la realidad contemporánea. Por ejemplo, aunque la ontoética de la entonación enfatiza la interdependencia

y el cuidado, no se han explorado en detalle las formas concretas en las que estas actitudes pueden ser materializadas en contextos sociales o políticos específicos. Así mismo, la propuesta se enfrenta al desafío de ser traducida en términos operativos que permitan su aplicación más allá del ámbito teórico.

En este sentido, y a modo de indicación sumaria, cabe señalar que nuestra propuesta se siente identificada con varias de las sugerencias de transformación social a las que apunta la corriente decrecentista (cfr. Hickel, 2023; Latouche, 2023) y que se orientan a una serie de cambios civilizatorios que van desde la reorientación de la economía -priorizando la satisfacción de las necesidades sobre la obtención de plusvalía-, a la resignificación de ciertas categorías básicas para definir la conducta social -como bienestar, riqueza, justicia y libertad-, pasando por la redistribución de la riqueza y la reutilización de materiales y recursos, y la reducción del consumo.

Además, aunque este artículo se centra en la dimensión ontológica y ética de la entonación, sería conveniente explorar con mayor profundidad su posible impacto en otras áreas de la disciplina, como la epistemología y la estética (algo que sí han realizado los autores de referencia en los que nos hemos basado, como Latour, Haraway y Morton). Esto abriría la puerta a un análisis más amplio y completo de cómo la entonación podría transformar nuestra comprensión de lo humano y lo no humano, así como nuestras formas de entender el mundo, y del régimen de lo sensible en el que se integran.

En definitiva, este artículo aspira a ser una contribución inicial para establecer las bases de una filosofía de la entonación. Su intención, por tanto, no ha sido tanto configurar una propuesta completa y exhaustiva, sino abrir un espacio de reflexión y diálogo sobre la necesidad de repensar ciertas categorías ontológicas y éticas en el contexto actual, a la luz de la noción de *entonación*. En cualquier caso, su objetivo primordial ha sido invitar a continuar explorando cómo construir un marco conceptual que nos permita entender de una manera más integral el mundo en el que vivimos, así como proporcionarnos herramientas para actuar en él de una forma más justa y sostenible.

Referencias

- Agamben, G. (2006). *La comunidad que viene* (E. Quirós, J. L. Villacañas y C. La Rocca, Trans.). Pre-Textos.
- Araiza Díaz, V. (2021). Reinventar la naturaleza para hacernos cargo del Capitaloceno: la propuesta de Donna Haraway. *Andamios*, 18(46), 413-441. <https://doi.org/10.29092/uacm.v18i46.851>.
- Barad, K. (2007). *Meeting the Universe Halfway. Quantum Physics and the Entanglement of Matter and Meaning*. Duke University Press.
- Barad, K. (2023). *Cuestión de materia. Trans/Materia/Realidades y performatividad queer de la naturaleza* (S. Vetö, Trad.). Holobionte.
- Bennett, J. (2022). *Materia vibrante. Una ecología política de las cosas* (M. Gonnet, Trad.). Caja Negra.
- Bowen, A., Ruiz García, L., Jensen, D. y Leroy, A. (2024). ¿Qué es la agricultura regenerativa? *Campo y Mecánica*, 129(1), 6-10. <https://n9.cl/fj0jo>.
- Braidotti, R. (2009). *Transposiciones. Sobre la ética nómada* (A. C. Bixio, Trad.). Gedisa.
- Braidotti, R. (2015). *Lo posthumano* (J. C. Gentile, Trad.). Gedisa.
- Braidotti, R. (2022). *Feminismo posthumano* (S. Serra, Trad.). Gedisa.
- Bryant, L. (2011). *The Democracy of Objects*. Open Humanities Press.
- Butler, J. (2021a). *La fuerza de la no violencia. La ética en la política* (M. P. Mayer, Trad.). Paidós.
- Butler, J. (2021b). *Leaning Out, Caught in the Fall: Interdependency and Ethics in Cavarero*. En T. Huzar & C. Woodford (Eds.), *Toward Feminist Ethics of Nonviolence* (pp. 46-62). Fordham University Press.
- De Castro, C. (2019). *Reencontrando a Gaia. A hombros de James Lovelock y Lynn Margulis*. Ediciones del Genal.
- De Landa, M. (2002). *Intensive Science and Virtual Philosophy*. Continuum.
- Esposito, R. (2003). *Communitas. Origen y destino de la comunidad* (C. R. Molinari, Trad.). Amorrortu.

- Garavaglia, T. (2021). Abitare la fine del mondo. Pratiche di esistenza in D. Haraway e T. Morton. *Philosophy Kitchen. Rivista di Filosofia Contemporanea*, (15), 161-173. <https://doi.org/10.13135/2385-1945/6223>.
- García Márquez, J. (2012). Cuerpos impuros: Butler, Haraway y Preciado. *Thémata*, (46), 377-384.
- Haraway, D. (1999). La promesa de los monstruos. Ensayos sobre ciencia, naturaleza y otros inadaptables (E. Casado, Trad.). *Política y Sociedad*, (30), 121-163. <https://n9.cl/s2gly>.
- Haraway, D. (2016). *Manifiesto de las especies de compañía: Perros, gentes y otredad significativa* (I. Mellén, Trad.). Sans Soleil.
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno* (H. Torres, Trad.). Consonni.
- Haraway, D. (2023). *Mujeres, simios y cíborgs. La reinención de la naturaleza* (H. Torres, Trad.). Alianza.
- Harman, G. (2016). El camino a los objetos. En M. Teodoro Ramírez (Ed.), *El nuevo realismo, la filosofía del siglo XXI* (pp. 170-192). Siglo XXI.
- Harman, G. (2018). *Object-Oriented Ontology. A New Theory of Everything*. Penguin Random House.
- Heidegger, M. (2003). *Ser y tiempo* (J. Rivera, Trad.). Trotta.
- Hickel, J. (2023). *Menos es más. Cómo el decrecimiento salvará al mundo* (C. Mistral, Trad.). Capitán Swing.
- Latouche, S. (2009). *La apuesta por el decrecimiento. ¿Cómo salir del imaginario dominante?* (P. Astorga, Trad.). Icaria.
- Latouche, S. (2023). *Introducción al decrecimiento* (O. Ricardo, Trad.). Popular.
- Latour, B. (1996). On Actor-Network Theory: A Few Clarifications. *Soziale Welt*, (47), 369-381. <https://n9.cl/cdj4x>.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica* (V. Goldstein, Trad.). Siglo XXI.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red* (G. Zadunaisky, Trad.). Manantial.

- Latour, B. (2017). *Cara a cara con el planeta. Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas* (A. Dilon, Trad.). Siglo XXI.
- Latour, B. (2024). *Políticas de la naturaleza. El fin de la dicotomía entre naturaleza y cultura y el nacimiento de la ecología política* (E. Puig, Trad.). Arpa.
- Lévinas, E. (2012). *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad* (M. García-Baró, Trad.). Sígueme.
- Lovelock, J. (2001). *Las edades de Gaia. Una biografía de un planeta vivo* (J. Grimalt, Trad.). Tusquets.
- Löwy, M. (2012). *Ecosocialismo. La alternativa radical a la catástrofe ecológica capitalista* (M. Veuthey, Trad.). Biblioteca Nueva.
- Margulis, L. (1988). *El origen de la célula* (C. Pedrós, Trad.). Reverté.
- Margulis, L. (2002). *Planeta simbiótico. Un nuevo punto de vista sobre la evolución* (V. Laporta, Trad.). Debate.
- Margulis, L., & Sagan, D. (1997). *Slanted Truths. Essays on Gaia, Symbiosis, and Evolution*. Copernicus Books.
- Merleau Ponty, M. (2001). *Signos* (C. Martínez y O. Gabriel, Trans.). Seix Barral.
- Mies, M. y Shiva, V. (2014). *Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas* (M. Bofill, E. Iriarte y M. Pérez Sánchez, Trans.). Icaria.
- Moore, J. W. (2015). Anthropocene or Capitalocene? En *The Nature and Origins of Our Ecological Crisis. Capitalism in the Web of Life. Ecology and the Accumulation* (pp. 173-182). Verso.
- Morton, T. (2017). *Humankind. Solidarity with Nonhuman People*. Verso.
- Morton, T. (2018a). *El pensamiento ecológico* (F. Borrajo, Trad.). Paidós.
- Morton, T. (2018b). *Being Ecological*. Penguin Random House.
- Morton, T. (2020). *Magia realista: objetos, ontología y causalidad* (R. Suárez y L. Ralón, Trans.). Open Humanities Press.
- Morton, T. (2021a). *Hiperobjetos. Filosofía y ecología después del fin del mundo* (P. Cortés, Trad.). Adriana Hidalgo.

- Morton, T. (2021b). *Reciclar la ecología. Pensar el mundo tras el fin de la naturaleza* (J. B. García Rodríguez, Trad.). Penguin Random House.
- Nancy, J. L. (2001). *La comunidad desobrada* (I. Herrera y P. Perera, Trans.). Arena Libros.
- Richardson, K., Steffen, W., Lucht, W., Bendtsen, J., Cornell, S. E., Donges, J. F., Drüke, M., Fetzer, I., Bala, G. [...] & Rockström, J. (2023). Earth beyond six of nine planetary boundaries. *Science Advances*, 9(37), eadh2458. <https://doi.org/10.1126/sciadv.adh2458>.
- Roa Vega, M. L. (2016). Sistemas productivos agroecológicos. *Revista Sistemas de Producción Agroecológicos*, 7(1), 67-91. <https://doi.org/10.22579/22484817.680>.
- Rubio Díaz, A. (1992). Ciudad y naturaleza: elementos para una genealogía de lo verde en la ciudad. *Baética. Estudios de Historia Moderna y Contemporánea*, (14), 115-146. <http://hdl.handle.net/10630/9224>.
- Ryder, R. D. (2010). Speciesism again: The original leaflet. *Critical Society*, (2), 1-2. <https://n9.cl/r9rp9>.
- Schaeffer, J. M. (2009). *El fin de la excepción humana* (J. Villaverde, Trad.). Marbot.
- Singer, P. (1999). *Liberación animal* (ANDA, Trad.). Trotta.
- Steffen, W., Broadgate, W., Deutsch, L., Gaffney, O., & Ludwig, C. (2015). The trajectory of the Anthropocene: The great acceleration. *The Anthropocene Review*, 2(1), 81-98. <https://doi.org/10.1177/2053019614564785>.
- Taibo, C. (2016). *Colapso. Capitalismo terminal, transición ecosocial y ecofascismo*. Catarata.
- Touza Montero, J. (2000). Una gestión eficiente y sostenible del bosque. En A. Rojo Alboreca et al. (Coords.), *Actas del Congreso de Ordenación y Gestión Sostenible de Montes. Volumen 2* (pp. 419-429). Santiago de Compostela, 4-9 de octubre de 1999.
- Zuboff, S. (2020). *La era del capitalismo de la vigilancia. La lucha por un futuro humano frente a las nuevas fronteras del poder* (A. Santos, Trad.). Paidós.